

de su hija, por tanto tiempo su sagrada reliquia. Más se inquietaba de algo que comenzaba á sentir en ciertos días en la extremidad de sus adelgazadas piernas, una maldita hinchazón parecida á la inflamación de un cadáver.

VII.

Casi inmediatamente después de haberla entrado, tuvo necesidad de volver á marcharse, de alejarse todavía por muchos años del país bretón, donde apenas acababa ella de reposar bajo su cruz de piedra.

Se hizo entonces uno de esos hombres duros que corren los mares sin objeto en la vida y sin deseo alguno de detenerse en ninguna parte.

Su mando y su silbato tomaron un tinte nuevo, breve y sombrío. De día y de noche sólo se ocupaba de velas y cordaje, y traía sobre un pie á sus gaveros, sin una sola palabra de contento cuando se portaban bien. Jamás cantaba al obscurecer, y velaba constantemente sin cansarse.

Desde Hong-Kong envió una vez fuerte cantidad á la misma vieja que en otro tiempo cuidaba

de su hija, para adquirir á perpetuidad el pequeño pedazo de suelo bretón donde la habían puesto, y mandó poner una lápida de mármol. En la carta daba las instrucciones convenientes y complicadas concebidas lentamente en las veladas de la mar.

Esta mujer, cuando él regresó á Brest, se había vuelto idiota, y no se acordaba de haber recibido nada. Se hizo borracha, y gastó en las tabernas y con amigos el dinero que le habían enviado, cuando Kewella durante cinco años de viajes y de aventuras bajo un sol abrasador, no tuvo otra preocupación íntima, en sus horas de guardia, en sus noches de insomnio, que conservar inviolable la sepultura de la joven que descansaba allá abajo en el brumoso cielo de la Bretaña.....

Presuroso corrió á la tumba; la tierra se hallaba recientemente movida, y habían puesto una cruz nueva con el nombre de un viejo desconocido.

Sobre los escalones del osario, entre otros restos lamentables de rasos y flores, encontró el último regalo que hizo á su hija difunta: una

corona de perlas, con una inscripción en medio y un pensamiento.

Todo acabó entonces; la habían mudado con los demás.....

A la caída de la noche se retiró solo, solo, de aquel cementerio.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA CENTRAL
"ALFONSO REYES"
No. 1626 MONTERREY, MEXICO

VIII.

Pasaron años y más años. Sus campañas, sus noches de vigilia, de sufrimiento ó de placer, habían seguido acumulándose las unas sobre las otras, bajo todos los climas del mundo. Padeció una insolación en Japón, la fiebre amarilla en el Senegal, la disentería en Cochinchina, y caídas y naufragios y heridas y chirlos y calenturas.

Un almirante, del cual aun se acordaba á pesar de su gastada memoria, le cogió estima, y entonces despertóse en él la ambición.

En cierta expedición al Africa le condecoraron por una bala que voluntariamente recibió en el pecho, arrojándose delante de un oficial para cubrirle con su cuerpo, por un movimiento tan espontáneo como sublime.

En fin, le nombraron primer contramaestre, grado honroso y bastante bien retribuido, el más elevado á que puede llegar el marinero. ¿Cómo

decir lo que había consumido, por llegar hasta allí, de años, de fuerza, de vigilancia, de energía, de voz, de músculos y de aliento en su silbato de plata?.....

Y sin embargo, todavía no le despreciaban las mujeres, pues había conservado su buena presencia y su aire decidido. Con el tiempo recobró su alegría mordaz de marinero; poco á poco adquirió ese ingenio de los grandes aventureros, á los que la costumbre de las situaciones extremas da una admirable soltura; nada le desconcertaba nunca, y él certaba todas las conversaciones con sus salidas breves, mezcladas de imágenes tomadas de las cosas de la mar.

Las mujeres no le despreciaban todavía, y sin embargo estaba ya gastado.

Como se gastan los servidores antiguos, los barcos viejos, se gastan los marinos de una manera sorda, profunda, que nada contiene.

Todos los vientos y todos los soles les han agotado, sin que lo parezca, hasta que un día cualquiera caen. Entonces se paga todo: el exceso de trabajo muscular que hizo tan fuertes sus brazos;

el perpetuo cambio de climas, despilfarro de savia y de vida; alternativa de los secuestros del mar y los períodos de placer en que se entregan con el corazón y la sangre á las primeras muchachas que se abren al sol. Hay largas noches de guardia, entre las nieblas y las lluvias, las tensiones de espíritu y las responsabilidades en el mal tiempo y las horas de angustia....

Juan Kewella estaba ya muy gastado por todas estas cosas, cuando llegó el momento de su retiro en la división de Brest, todavía flexible y de buen aspecto, con su uniforme de contramaestre y su cinta roja en el ojal.

Entonces compró su casita en el camino del Portzie, para acabar allí su vida, enfrente de la rada y de los barcos.

IX.

El día de su retiro fué un día como todos los demás. Ni las gentes ni las cosas parecía que daban gran importancia á este antiguo servidor del Estado que se marchaba para siempre.

A la hora acostumbrada del zafarrancho, mucho antes del alba, en aquellas grandes cuadras de la división, que toman algo de la rudeza y del olor de los navíos, los marineros desnudos saltaron al suelo desde sus hamacas, que estaban colgadas en filas de barras de hierro. Sólo él se sintió conmovido á su despertar, soñando con impresión indefinible que era este su último día. Después el vaivén acorta y los lavados de la mañana y todos los ruidos de esa vida empezada en la madrugada se sucedieron con regularidad, como de costumbre, y al son de tambores y cornetas. Los que habían disfrutado permiso para la noche, ó que se lo habían tomado, entraban unos detrás de otros,

excitados con la gota del placer, aun fresco, en los labios. Después el sol, sol algo velado de otoño, salió también á su hora.

Antes de la comida del mediodía, pasó Kewella la revista de inspección á su compañía, con su más nuevo uniforme, que por coquetería se puso para esta última vez. Algunos contramaestres se le acercaban felicitándole, pues había llegado á ese término que pocos marinos tienen la dicha de alcanzar. Iba á descansar por fin, á tener *su jardin-cito*, y, como ellos decían, *á vivir de sus rentas*. Otros, por el contrario, sabiendo cuan gastado se hallaba, le llamaban «mi pobre Kewella», con ese aire contrito que se toma con el que se va á morir. Luego las despedidas, los apretones de manos. Y él se creía muy contento, esforzándose en encontrar algo risueño que decirles.

A su alrededor continuaba esa marcha familiar del gran cuartel, que viene á ser como el verdadero cuartel general, la casa materna de los hombres de la flota.

La hora del descanso llegó. Entre las grandes paredes lisas, poco á propósito para escalamien-

tos, se paseaban por grupos los marinos, bien arreglados, con sus anchos trajes, con sus actitudes flojas ó impacientes de niños prisioneros.

Los que habían navegado, los verdaderos, los formados, cuyos rostros se habían ennegrecido bajo el ardiente sol de los trópicos, se contaban, fumando, sus aventuras de campaña, cambiaban sus confidencias amorosas con las chicas de la vecindad, ó consumían su exceso de fuerzas en las barras de hierro del gimnasio. Los nuevos, los muy jóvenes, de cara redonda, *matriculados* apenas salidos de las lanchas pescadoras ó de las aldeas de la costa bretona, miraban algo asustados, con sus cándidos ojos, esperando impacientemente el cuello azul y la gorra que se les iba á entregar. Los viejos les contemplaban y daban sobre los otros su opinión más ó menos brutalmente expresada, oyéndose de cuando en cuando:

—Este se halla todavía salvaje, pero será fuerte.

Todo el día con su uniforme nuevo había estado yendo y viniendo sin objeto entre estos grupos por él tan conocidos; después por todas las

escaleras, porque andaban de cuatro en cuatro jóvenes muy listos, haciendo el ruido de caballo desbocado, y por aquellos grandes salones abiertos al viento, que olían á madera lavada y brea.

En todas partes le perseguían los recuerdos de todas las épocas de su vida.....

Cuando se han servido cuarenta años en la flota, muchas veces se ha tenido ocasión de pasar por Brest; con frecuencia, de regreso de una campaña, se ha ido allí contento y con los bolsillos llenos de dinero; también se ha vuelto á salir, bajando por las escaleras de granito que conducen al puerto, con los dos sacos de lienzo á la espalda, alegre ó con el corazón desgarrado, para ir á lo lejano y á lo desconocido. Kewella quería volver á ver todos estos rincones; tenía á la vez que hacer algunas cosas en los almacenes de los aposentadores, ciertos papeles que completar, esperar algunas firmas, como si se estuviera en la víspera de un gran viaje. Sentía, sobre todo, la necesidad de moverse, de agitarse, y á pesar de su contento indiscutible, la necesidad de distraerse.

Por la tarde, en su cámara, se quitó con el pri-

mer dolor de su corazón el uniforme de contra-maestre, encerrando en un traje negro, cuyo corte le avejentaba muchos años, su cuerpo grande, que en sus tiempos fué soberbio, y arregladas todas sus cuentas con el Estado, que le había pagado su vida suficientemente, salió del cuartel. A la puerta, algunos jóvenes que entraban borrachos, despiadados en su propia exuberancia de movimiento, codearon á este *paisano*, que ya no conocían. Pero algunos amigos, viéndole marchar solo, se le reunieron por pura política para acompañarle por última vez.

Entraron juntos á beber, y allí todos brindaron á la salud del feliz *rentista*, y él continuaba creyéndose contento y diciéndolo.

En la calle los mismos jóvenes siempre que pasaban. Las puertas del cuartel acababan de abrirse por completo, porque era la hora en que se permite á los marinos que dispongan de la noche, en que se van á sus citas de amor, y cantaban á toda voz:

.
Gozad sin interrupción
Días de locura, noches de amor,

que era este año la canción de moda entre los marineros. Cuando se encontraba un grupo con otro, se enviaban el canto, aun sin conocerse. Y hasta las chicas del arrabal, que se asomaban á sus ventanas de piedra para verlos pasar, lo repetían; rostros pálidos ó sonrosados, con los ojos impregnados del ardor de las primeras voluptuosidades, que por las tardes bajaban á la puerta de sus casas para sorprender á sus amantes de cuello azul; por las noches la canción se convertía en una especie de himno de placer que llenaba la obscuridad de las calles.

Y él, que se marchaba para siempre, perseguido por aquella alegre canción, también por bravata repetía:

.....
Días de locura,
Noches de amor.

—¿Has visto el viejo? ¡También él!—decía una chica desvergonzada que esperaba á su gaviero detrás de una puerta.

Reinaba la obscuridad cuando se encontró solo, fuera de las murallas de Brest, camino del Portzie.

El viento del Oeste le azotaba la cara, y llevaba hasta el olor de los focos de la mar.

Ya cerrada la noche fué cuando abrió la verja de un jardincillo, y entró en su casa de retirado en que por primera vez iba á dormir.

En sitio de honor, encima de la chimenea, colgó para siempre su silbato de plata..... Era, creía él que era, extraña esta melancolía inesperada que ganaba su corazón, como si en aquella hora se hubiese fijado para él el fin de todas las cosas.....

Su cuarto estaba bien arreglado, y había procurado que presentase un agradable aspecto. Multitud de los objetos que adornaban el hogar del viejo pirata, recogidos en los cuatro puntos del globo, en aventuras ó pillajes, mostraban fisonomía extraordinaria, que recordaban los más lejanos países del mundo. Cerca del lecho, el retrato de la hija muerta, menos borrado en aquella época que al presente, parecía mirar vagamente con su vela en la mano.

Con las dos suyas cogió este cuadro de conchas, y enterneciéndose su corazón, á su pesar, en esta

noche feliz, la primera lágrima resbaló por su mejilla, depositándose en la barba ya blanca del anciano.

Sangre de verdadero marino bretón corría por sus venas; y estos hombres de ruda apariencia, que viven en el mar, guardan siempre en el fondo de su alma el recuerdo único imperecedero de algún rincón de aldea ó de alguna dulce figurita que han amado.

Silbaba bajo su puerta el viento del Oeste; detrás de su casa solitaria penetraba y se revolvía en el patio húmedo cuyas paredes se vencían por el peso de las piedras y las matas de aliaga. Allá abajo debía hacer un tiempo grueso y una noche bien dura. Pero él había acabado para siempre con tales angustias, con esas noches negras y siniestras, con esos grandes ruidos de las aguas furiosas, con todos esos espantos de la mar, que hacen mudar el color de frío y de miedo. Todo podía al presente silbar y atormentar fuera; jamás, jamás se preocuparía de ello en lo sucesivo.

¡Qué feliz iba á ser! Concluyeron los trabajos, los peligros, las penas. Por las tardes, á dormir

tranquilo en una verdadera cama, y todo de un tirón; cultivaría su jardincito, cosa para él enteramente nueva y que tanto había deseado, y luego cuidarse á sí mismo.

Con tanto descanso y tantas precauciones como iba á tomar, seguramente que no le faltarían años hermosos, quizás rejuvenecería.....

Y, sin embargo, lloraba constantemente, y sus lágrimas, que en un principio eran lentas como piedra que se rezuma, corrían ahora más rápidas, más abundantes, como lluvia molesta. ¿Qué era lo que sentía? No solamente el dolor de su hija difunta, sino una angustia íntima y profunda. Su gran contento de todo el día fundíase ahora en supremos sollozos y en un deseo inmenso de morir.....